

LA GESTIÓN AMBIENTAL DESDE LA PERSPECTIVA DEL CONSUMO RESPONSABLE

Jhon William Pinedo López
Ph.D. - Urbanismo, territorio y sostenibilidad
Investigador: profesor de Gestión Ambiental

Reducir la gestión ambiental a la conservación de recursos naturales renovables y no renovables, o a su uso adecuado, por parte de empresas mercantiles, es centrar la mirada en una fracción y no en la totalidad del objeto. Los mencionados recursos son apenas unos de los muchos que hacen parte del ambiente; entendido éste, como “el conjunto de circunstancias físicas, culturales, económicas y sociales, que rodean a los seres vivos” (Martín, 1992, 22).

Ahora bien, en términos amplios la gestión ambiental es mayordomía eficiente de la naturaleza y de las relaciones entre los seres que la conforman. Bajo esta perspectiva, el cuidado de la flora, fauna y todo tipo de ecosistemas será el resultado de adecuadas consideraciones del ser humano consigo mismo y sus semejantes. Este resultado es sostenible en la medida que la persona sea responsable de sus actos y consciente de sus consecuencias.

La responsabilidad inicia con la propia persona, se extiende a sus semejantes y finaliza con su entorno. La responsabilidad con la propia persona se circunscribe a los hábitos individuales y a la disciplina para alimentarse o recrearse; es decir, al respeto y cuidado del propio cuerpo, el cual llevará a una óptima selección de alimentos y a rechazar el consumo o exceso de productos tóxicos para el organismo, tales como: alimentos sintéticos, cigarrillos, sustancias psicoactivas, licores y esteroides anabólicos.

En esta primera instancia, el respeto por el cuerpo, expresado en elecciones de bienes amigables con el organismo, es una forma de contribuir con el ambiente, al igual que los buenos hábitos de vida como caminar, utilizar bicicleta o trasladarse en transporte público colectivo, evitando, o minimizando así, la emisión de gases de efecto invernadero. Los buenos hábitos de vida y la sana alimentación son principios fundamentales para la armonía de la naturaleza y de las relaciones sociales; éstos, generalmente se reflejan en mentes sanas.

Conforme a lo anterior resulta menos probable que una persona con mente sana agrede a los recursos o haga daño a éstos, y cuando hablamos de recursos también hacemos referencia a las personas. El recurso humano, al igual que los ríos, bosques y animales, también es agredido, principalmente mujeres, niños y ancianos. Las primeras son golpeadas, ultrajadas y a veces asesinadas por hombres con mentes intoxicadas por alcohol, sustancias alucinógenas, rencor, autoritarismo, odio, venganza, codicia o celos. Por su

parte, los niños son agredidos, explotados de distintas formas y en ocasiones asesinados. No mejores situaciones viven algunos ancianos, quienes sin ninguna misericordia son, con cierta regularidad, abandonados a su propia suerte o maltratados por sus propios hijos, tal y como se puede corroborar con las estadísticas de Medicina Legal, Fiscalía General de la Nación y el Instituto de Bienestar Familiar de Colombia.

Si no hay respeto por el propio cuerpo ni por el de sus semejantes tampoco puede haberlo para la naturaleza, y si una persona decide contaminar su cuerpo o su mente a través del consumo de sustancias o acciones tóxicas, qué le puede importar la salud de otras personas y la vida de los ecosistemas. Por tanto, la gestión ambiental inicia por la mayordomía responsable del propio cuerpo y de las decisiones que afectan la vida del prójimo y del entorno natural.

Es indudable que, para respetar un árbol, un río, una ciénaga, el aire o el espacio público, primero debemos respetarnos a nosotros mismos, luego a nuestros padres, hermanos, familiares, vecinos, compañeros, habitantes de la ciudad y autoridades. Pero ¿es posible respetar a otros y a las autoridades sin saber el significado del respeto y del principio de la autoridad? La respuesta a esta pregunta puede ser una alternativa de solución a los múltiples problemas del ambiente o una justificación para agudizar dichos problemas.

Finalmente, a pesar del panorama descrito y de la impotencia de ambientalistas, científicos e ingenieros sociales, existe una esperanza. ¿Cuál es? Esta esperanza se encuentra en una persona, en su modelo ejemplar de vida y en su formulada regla de oro “no hagas con otro, lo que no quieres que hagan contigo” y “ama a tu prójimo como a ti mismo” (Biblia NVI, 1999; 1029). Esta persona es Jesucristo, un ser dotado del conocimiento necesario para transformar a un ser humano irrespetuoso en respetuoso; irresponsable en responsable; cruel en bondadoso; codicioso en generoso; injusto en justo; perezoso en esforzado; mentiroso en veraz; desenfrenado en autogobernado, y necio en sabio. Esta persona no es una religión, es un modelo real a seguir, que invita mediante sus postulados racionales a una renovación de la mente y a una reforma integral del individuo (hombre y mujer), la familia, la sociedad, el Estado y de las relaciones sociales de producción y consumo.

Referencias Bibliográficas

Martín Cantarino, Carlos (1992): El Estudio de Impacto Ambiental. Publicaciones Universidad de Alicante. Alicante.

Nueva Versión Internacional NVI (1999). Santa Biblia. Florida. Editorial Bíblica.